

Índice

[Portada](#)

[Extranjero en todas partes](#)

[Agradecimientos](#)

[Bibliografía](#)

[Créditos](#)

Que la leyenda la escriba un extraño.

ROSARIO BLÉFARI

La escena es medianamente así: en una plomiza mañana de invierno, el *Chrobry*, un crucero de lujo que zarpó de Polonia y navega hace más de veinte días en el océano Atlántico, se acerca a Buenos Aires. Entre los pasajeros hay diplomáticos, empresarios, políticos y algunos escritores invitados por la compañía naviera para cubrir el viaje que se hace por primera vez. Entre ellos está Witold Gombrowicz, joven escritor de vanguardia, ojos punzantes, boca despreciativa. La ciudad desde el río se ve misteriosa, casi borroneada, sus líneas parecen menos refinadas que las de París, pero más modernas que las de Varsovia. Los pasajeros bajan a conocer este lejano país. Frío, humedad, manos en los bolsillos. Tras el pequeño paseo del puerto nuevo, aparece Retiro, la Torre de los Ingleses, la calle Florida. Algunos vuelven al barco, donde los esperan recepciones múltiples preparadas por embajadores y personalidades de la comunidad polaca y argentina. Pero Gombrowicz no. Sigue caminando. Vuelve a dormir al barco y vuelve a salir. Durante varios días agota esas calles, esas caras, esos rasgos de hombres y mujeres del Sur. Algo se abre. O quizás se rompe. Algo se desprende.

Mucho tiempo más tarde escribió en *Trans-Atlántico*: «Yo lo miraba todo como por un Telescopio, viéndolo todo tan Ajeno, Nuevo y Enigmático».

Mientras se suceden los agasajos, los téis, las recepciones, llegan noticias del otro lado del océano. La tensión entre los países centrales aumenta. Alemania y Rusia firman el Pacto de No Agresión. La guerra se percibe inminente. El *Chrobry* recibe la orden de volver a Europa con todos sus tripulantes. Gombrowicz va al puerto, hace que le suban el equipaje, se despide y embarca. Pero cuando suena la alarma que indica que el barco está pronto a partir, tiene un impulso. Baja rápido la pasarela con sus dos valijas al muelle. No va a volver a Polonia. A la guerra que posiblemente sucederá. Tiene doscientos dólares y apenas unas mudas de ropa. No habla español. No conoce prácticamente a nadie. Y nadie lo conoce a él.

Algunos dicen que fue el 20, otros el 21, otros el 22 de agosto de 1939. Él mismo lo fechó, en su *Diario*, en el libro de entrevistas *Testamento*, en la novela *Trans-Atlántico*, en distintos días. El relato construido incluso oralmente, a todo aquel que quisiera escucharlo durante el tiempo vivido en Argentina, es que el estallido de la guerra lo ancló a este territorio distante. Pero no fue exactamente así. El ancla bajó, por un impulso, días antes del comienzo de la guerra.

Mucho tiempo más tarde escribió en su *Diario*: «No sé si resulta claro cuando señalo que desde el primer

momento me enamoré de la catástrofe, aunque a mí también me arruinaba: que mi naturaleza me obligó a recibirla como una oportunidad de unirme en las tinieblas con el elemento inferior».

Esa tarde al bajar del barco, con las dos valijas en la mano, mientras intentaba entender lo que acababa de hacer, dijo que se trataba del momento más trágico de su vida.

Pero nadie duda de que fue el primero de septiembre de 1939 el inicio de la segunda guerra mundial. Y que comenzó, precisamente, cuando Polonia fue invadida por el ejército de la Alemania nazi. Desde la perspectiva sudamericana esos hechos deben haber parecido aterradores a la vez que lejanos, como vistos a través de un vidrio oscuro. Para Gombrowicz, que había partido de Varsovia casi tres semanas atrás, la guerra era una sombra que caminaba tras sus pies.

Jeremy Stempowski, director de GAL, la compañía marítima a la que pertenecía el *Chrobry*, fue el encargado de organizar con toda la pompa posible las recepciones de bienvenida en Argentina. Todo el cuerpo diplomático estuvo presente, hasta el presidente de la Argentina concurrió a una de las reuniones, que por supuesto salieron en todos los diarios. Allí Stempowski conoció a Gombrowicz, que fue presentado como corresponsal de un diario polaco. En distintos testimonios ha contado cómo lo vio callejear incansablemente y la enorme curiosidad que le producía la ciudad. Es el testigo más cercano de esos confusos días del arribo, en los que Gombrowicz cursaba un estado de nerviosismo creciente, dudando entre volver a Polonia o quedarse a la espera del fin de las hostilidades. Fue también Stempowski quien lo recibió en el muelle cuando descendió del barco por última vez, abrumado y solo, antes de la partida definitiva. Gombrowicz temblaba y repetía: «No puedo, no puedo».

El barco zarpó, se sentaron en un banco del puerto y conversaron sobre las opciones que se presentaban. Stempowski trataba de calmarlo. Lo llevó en un coche de la compañía a una pensión del centro, sencilla y limpia. Se comprometió a ayudarlo en los próximos días: presentarle gente, buscarle algún ingreso moderado. Así lo hizo.

Solo había que atravesar esa primera noche, en la ciudad de Buenos Aires, rodeado de una lengua desconocida que se filtraba por las ventanas, por debajo de la puerta, como el frío invernal. El barco que lo había traído avanzaba por el océano, muy rápido, muy lejos, llevándose también su nombre: *Chrobry* –en honor al rey Bolesław I Chrobry–, que en polaco significa «valiente». No es del todo un pronóstico, por lo menos esa noche de temblores.

Pero la decisión de quedarse en Buenos Aires ya estaba tomada. Lo que no sabe, no hay modo de que intuya todavía, es que la guerra va a empezar, va a terminar y él no va a poder volver a Polonia. Pasará muchas otras noches, muchísimas, poco menos de la mitad de su vida. Le esperan veinticuatro años en Argentina.

Muchas de las personas que conocieron a Gombrowicz en aquel tiempo mencionan que tenía un aspecto muy juvenil, casi adolescente. La foto de la visa otorgada por la embajada argentina en Varsovia en julio de 1939 lo comprueba: rasgos armoniosos, la piel brillando, tersa. Lleva el pelo castaño claro bien peinado hacia atrás, para mostrar una frente amplia, una mirada desconfiada y la boca con su gesto típico, las comisuras hacia abajo, como en reserva.

Pese a las apariencias, al momento de llegar Gombrowicz ya tenía treinta y cinco años, una obra de teatro, dos libros publicados y un folletín saliendo por entregas. Ocupaba un lugar –lateral, polémico en los salones literarios de la Varsovia de entreguerras. También en los cafés, como el Ziemianska y el Zodiak, llenos de humo, poetas y marginales, donde le tenían una mesa reservada y un grupo de admiradores esperándolo. Le habían dedicado textos a favor y en contra. Había hecho algunos de sus grandes amigos literarios, como Stanisław Ignacy Witkiewicz y Bruno Schulz. Y algunos buenos enemigos.

Había publicado cuentos, teatro, pero fundamentalmente *Ferdydurke*, el libro con el que pateó las puertas del mundo, por así decir, donde mostró sus obsesiones, sus presupuestos filosóficos y dejó claro qué batallas pensaba dar a lo largo de su vida. El rechazo a la madurez, a la forma, y la búsqueda de lo imperfecto, lo inmaduro, la juventud.

cánticos y finalmente en unos aullidos que resultaban escalofriantes incluso para quienes, como el propio Witold, ya estaban acostumbrados.

Pero quién era Gombrowicz exactamente. Dónde había empezado todo. Antes de Buenos Aires, antes del *Chrobry*, antes, incluso, de Varsovia, antes de la bohemia, la literatura, antes.

Había nacido en 1904, hijo de Jan Onufry Gombrowicz y Marcelina Antonina Kotkowska, una familia que pertenecía a la nobleza terrateniente ya en decadencia, su padre mantenía una finca, pero también trabajaba en la industria. La rama paterna era oriunda de Lituania, donde su abuelo Onufry Gombrowicz era parte de una familia noble que durante cuatrocientos años había tenido propiedades en esa tierra. Pero luego del gran levantamiento de 1863, el Gobierno zarista ruso le confiscó bienes y propiedades, por lo que decidieron huir y asentarse en Polonia, donde con el dinero que lograron salvar Onufry compró las tierras de Jakubowicz y luego Małoszyce. Fue allí donde, tiempo más tarde, se instaló el matrimonio de Jan Onufry y Marcelina Antonina, y el lugar en que nacieron sus hijos: Janusz, Jerzy, Irena y, por último, Witold.

En ese pequeño poblado hay hoy un monolito de piedra rojiza que lo recuerda. Nada muy sofisticado, solo un bloque macizo con su rostro tallado. El entorno parece ser pleno campo. Y es en el campo, con las costumbres de las familias acomodadas dueñas de la tierra, que se mantenían intocadas desde hacía siglos, donde se crió Witold Gombrowicz.

La línea materna provenía de Sandomierz, una región cercana. Su madre era hija de Ignacy Kotkowski, un propietario terrateniente que, al momento de casarse, estaba en una mejor posición económica que el padre. El acuerdo fue beneficioso para ambos, ya que Jan Onufry traía la superioridad del linaje lituano. La nobleza de dicho país, más rica y asentada desde mucho antes en sus tierras, podía vanagloriarse de una mejor tradición.

«Nosotros, los Gombrowicz, nos consideramos siempre “algo superiores” a los demás terratenientes de Sandomierz», escribió. «De todas formas no puedo asegurar si la nobleza de la región compartía ese punto de vista.»

En *Recuerdos de juventud* describió a su padre como un hombre elegante, serio, responsable. Su madre era lo opuesto: sensible, impulsiva, una soñadora. Los Kotkowski tenían una histórica propensión a la locura, contó, el temor a la demencia siempre fue una preocupación para él. Su abuela materna Aniela Kotkowska residía en una casa grande y bastante aislada en Bodzechów, donde convivía con su hijo Bolesław, enfermo psiquiátrico. Por las noches se intentaba calmar con extraños discursos, que se transformaban en raros

De todos modos la irrealidad que más lo perturbaba era otra. La que vivía su familia y su entorno aristocrático, como un orden natural. Todavía en la primera mitad del siglo xx la clase alta polaca de campo vivía ensimismada en sus hábitos antiguos, sus costumbres, sin un verdadero contacto con el mundo. Gombrowicz vivió la primera década de su vida en ese universo cerrado, con institutrices que le enseñaban francés, servicio doméstico y juegos con los hijos de campesinos y trabajadores, que lo hacían atisbar otras formas de vida posible. Cuando tenía once años la familia se trasladó a Varsovia, donde empezó a ir al colegio y enfrentarse a compañeros más o menos ricos. Sufría, le costaba encontrar su lugar. Gombrowicz criticó retrospectivamente esos modos, esa mala conciencia, esa naturalización de sus privilegios que les venían por derecho de cuna. No es una crítica estrictamente política, sino, tal vez, más profunda, cultural y filosófica. Como escribió en *Recuerdos de juventud*:

Sucedió en esa época, más o menos a la edad de diez años el descubrimiento de algo abominable: comprendí que nosotros, los «señores», teníamos una apariencia absolutamente grotesca y absurda, tonta, dolorosamente cómica, e incluso detestable... ¡Así era! Me importaba muy poco nuestra condición de explotadores del pueblo y cuál era nuestra moralidad; en cambio sí su aspecto de idiotas al lado de gente sencilla. Solo América me curó de este complejo.

Sin embargo, en Argentina se hará llamar «conde».

El diario *La Nación* publica el 21 de agosto de 1939 una nota titulada «llegó una nueva nave de bandera polaca». Allí el periodista argentino Pizarro Lastra entrevista a los tres escritores que venían en el lujoso transatlántico. Consigna: «Entre los viajeros que llegaron en el *Chrobry* se encontraban [...] Witol (*sic*) Gombrowicz, un humorista moderno, de una vasta cultura. Acaba de tener un éxito de resonancia con un folleto titulado *Ferdydurke*».

Otras notas fueron publicadas por la llegada del barco, pero Gombrowicz menciona en *Kronos* solo esta. La ve como una primera derrota. «Humorista», dicen de él, «folleto» de su novela. Cuando llegó a Argentina, Gombrowicz ya era Gombrowicz. Sin embargo, acá nadie lo sabía.

Vida bohemia, pobreza, enfermedad. Con ese melancólico predicado se describen los primeros cinco años de Gombrowicz en Buenos Aires –los años de la guerra–, en la cronología incluida en su *Diario*. Es un tiempo marcado por dificultades económicas, idiomáticas, las dificultades en general. Está urgido por darse a conocer y encontrar un modo de supervivencia, pero no siempre hace fáciles las cosas a los que quieren o pueden ayudarlo. Es una situación inédita para un «niño bien», a quien nunca le había faltado nada. Se muestra altivo y excéntrico, muchos de esos primeros encuentros terminan mal.

En su primer año estira los pocos dólares que trajo de Polonia. Vive con lo justo, en una austeridad casi monástica. Muchas veces hace solo una comida al día. Otras, ni siquiera eso. Duerme en distintas pensiones del centro, en Almagro, de una lo echan por no tener dinero para pagar. En algún momento se instala en el barrio de Flores, donde reside sobre la arbolada calle Bacacay. Debe haberle resultado muy extraña la sonoridad de aquel pasaje, años más tarde va a retitular con ese nombre su único libro de cuentos, llamado originalmente *Memorias del tiempo de la inmadurez*. Por medio de Stempowski es introducido en la comunidad polaca más acomodada. Va a recepciones donde se lo presenta como «un joven escritor polaco que está en una situación difícil». Pese a sus maneras no siempre afables, lo ayudan. Una dama le manda leche y pan por las mañanas. Otra le regala una manta y ropa zurcida que había pertenecido a su marido. Otra le cede una estufa de querosén para calentarse. Van pasando los meses. Se producen reclutamientos para ir a combatir a Polonia. Algunos cuestionan que no se aliste, pero él no experimenta esa clase de patriotismo. De todos modos, se presenta en la embajada donde lo declaran «no apto» por su condición asmática. Sus papeles están en regla.

También gracias a su amigo Stempowski conoce a notables escritores argentinos de la época, como Manuel Gálvez y Arturo Capdevila. El vínculo con el primero es bueno y siguió desplegándose en cartas a lo largo de los años, pero, en su *Diario*, Gombrowicz lo descarta rápido: «Me brindó una generosa hospitalidad y me auxilió en algunas dificultades, pero su sordera lo relegaba a la soledad...». No es ni remotamente lo más malvado que haya escrito sobre alguien. Con Capdevila y su mujer trabó una relación más asidua, aunque no es exactamente con ellos con quienes habla cuando acude a su casa, sino con Chinchina, su hija de veinte años. Gombrowicz dicta una serie de charlas para ella y sus amigas con las que junta algo de dinero. Los temas podían ser «El estilo de la mujer argentina» o «El amor en Europa». Esas clases que se toma livia-

namente forman un patrón que repetirá a lo largo de los años. Ganarse la vida por medio de charlas para mujeres en formación que lo observan obnubiladas. Filosofía para señoritas. Ella lo describió así:

Recuerdo que Witold estaba siempre vestido de gris y usaba sombrero. Tenía un sobretodo largo hasta los tobillos. Para nosotros era un extraño, pero no ridículo. Me acuerdo de su impermeable todo sucio. Witold decía que un impermeable para ser distinguido, debía estar muy usado.

Digamos que son tiempos en los que sobrevive de la amabilidad de los extraños. Pobre y con el aspecto de no haber pasado los veinte años, como si la juventud argentina, con la que estaba fascinado, se le hubiera pegado a la cara. Es el comienzo de un vínculo que va a definir todo el tiempo vivido aquí: el lazo con los jóvenes que conoce en los bares, en las plazas o en la calle. Vale la pena citar su *Diario*:

Sí, tendré que confesarlo. Bajo el efecto de la guerra, del surgimiento de las fuerzas inferiores y las fuerzas regresivas se efectuó en mí la irrupción de una juventud tardía. Ante el desastre me escapé hacia la juventud y de pronto cerré esa puerta. Siempre tuve inclinaciones a buscar en la juventud –propia o ajena– un refugio frente a los «valores», es decir, frente a la cultura.

En la actualidad, con la aparición de *Kronos*, su diario secreto, se dieron a conocer otros detalles de su vida en Buenos Aires que había omitido expresamente de su obra autobiográfica. Sus andanzas por Retiro, por plaza Constitución, por plaza Flores, por la calle Corrientes, que no eran solamente flaneurísticas. Gombrowicz vive una vida erótica intensa en los márgenes, frecuenta chicos y chicas sencillos que aparecen mencionados sucintamente. Como el limpiabotas que le muestra la belleza del Cavanagh, frente a la plaza San Martín. Como el ferroviario que le enseña español, pero también le roba sus camisas, su lapicera y su reloj de oro.

Se pierde en la noche, en esos paseos, se redescubre, vive como hechizado, como drogado por este Sur bello y bajo. Cae en redadas, pasa noches en comisarías. Se contiene un tiempo, porque está buscando la residencia definitiva en el país. Pero no demasiado, pronto vuelve a salir. En el *Diario* estas aventuras están sublimadas, poetizadas, se sintetizan en la figura de «las noches de Retiro», que recubrían su vida normal en Buenos Aires. Niega explícitamente la homosexualidad, pero escribe:

Aturdido, fuera de mí, expatriado y descarrilado, trabajado por ciegas pasiones que se encendieron al derrumbarse mi mundo y sentir mi destino en bancarrota... ¿qué buscaba? La juventud.

El año 1940 concluye en *Kronos* de la siguiente manera:

Este fue el año de la «iniciación». Estoy conociendo Argentina. Pierdo mis antiguas reservas. Me convierto en un bohemio.

Ernesto Sabato, célebre escritor argentino, a quien conoció sobre el final de los años de la guerra y que fue uno de sus amigos más perdurables, lo describe en ese entonces: «Con aspecto adolescente, flaco, enjuto, fumando y chupando cigarrillos con furia; era teatral, contradictorio, provocador, altanero y disponía de un increíble sentido del humor».

Gombrowicz se divierte, es joven otra vez, pero joven de otra juventud, una nueva.